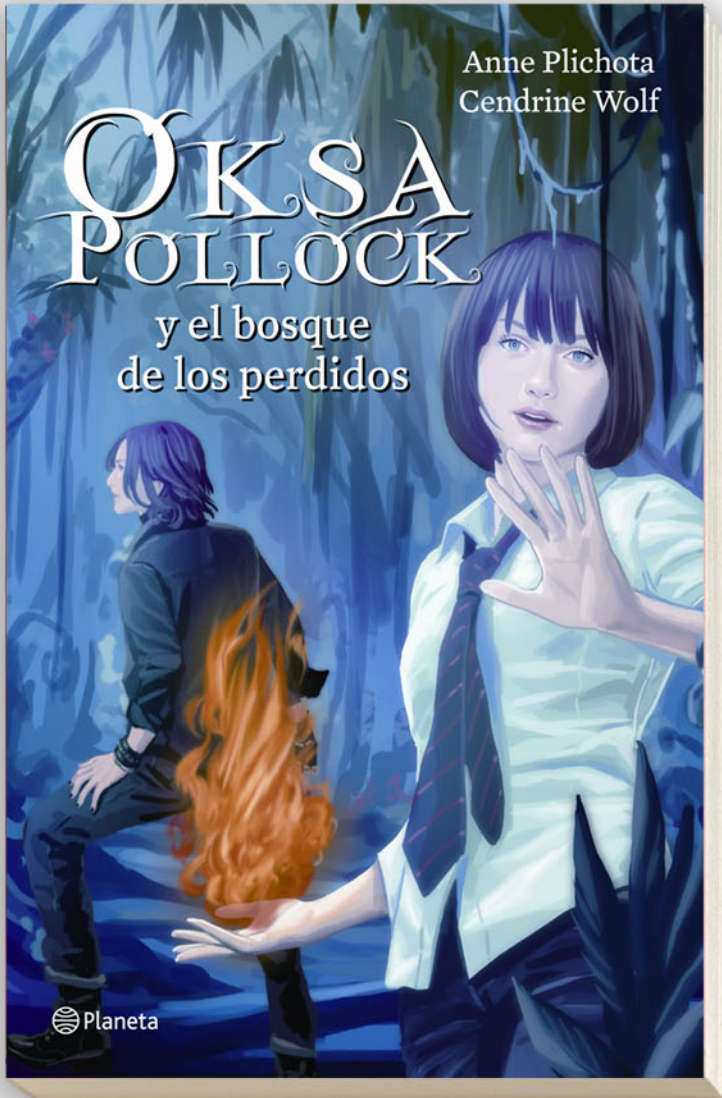


Fragmento

Oksa Pollock y el bosque de los perdidos

Anne Plichota y Cendrine Wolf



Harry Potter ya tiene sucesora

**Oksa Pollock
y el bosque de los perdidos**

Anteriormente...
En *Oksa Pollock y el descubrimiento de Edefia*

Oksa Pollock, una adolescente de trece años, acaba de mudarse a Londres. Dotada de un carácter vivo y de un gran sentido del humor, es también muy cariñosa con los suyos y se preocupa por ellos: sus padres Marie y Pavel, su excéntrica abuela Dragomira y su mejor amigo, Gus. Vamos, que Oksa es una joven como tantas otras. Eso es al menos lo que cree hasta una tarde que lo cambia todo...

El increíble acontecimiento ocurre el primer día de clase en St Proximus, su nuevo colegio. Como sus padres están absortos en el trabajo, Oksa se precipita sobre su abuela para contarle su primer día: los alumnos son muy acogedores –de entre ellos, Merlín y Zelda, que se convierten en seguida en sus amigos– y, por suerte, ¡Gus está en la misma clase que ella! Pero Oksa no dice nada del profundo malestar que ha sentido cuando el señor McGraw, el glacial profesor de mates y de ciencias, se ha dirigido a ella...

Esa misma tarde, a Oksa le sucede algo que no es capaz de comprender: en la intimidad de su cuarto, ¡logra mover objetos sólo con su voluntad! Ella, que siempre había soñado con ser ninja, ¡de pronto descubre que posee dones sobrena-

turales! Confusa y aterrorizada, no quiere hablar de ello con nadie.

Y eso no es todo. De repente aparece en su vientre una misteriosa huella. Esta vez, Oksa le confía a su abuela lo sucedido. Y es entonces cuando Dragomira le revela el secreto de sus orígenes: la familia Pollock procede de Edefia, un mundo invisible oculto en algún lugar de la Tierra. Allí, Dragomira era la Joven Magnífica, es decir, estaba destinada a dirigirlo. Pero por culpa de un complot urdido por un traidor, varias decenas de los habitantes de Edefia fueron expulsados a este mundo unos cincuenta años atrás. Reunidos bajo el nombre de «desbandados», forman una comunidad solidaria y secreta que trata de localizar Edefia para regresar a su tierra.

Como ha recibido la huella en el vientre, Oksa es la nueva Joven Magnífica. Y también es, para todos estos exiliados, la única esperanza de encontrar Edefia.

Así, Oksa descubre cosas increíbles sobre su familia: ¡en el último piso de su casa, su abuela cobija a extrañas criaturas venidas de Edefia! Como a los foldingots, dos pequeños seres de aspecto enternecedor y con una forma de hablar insólita.

En el colegio, las cosas siguen sin arreglarse con el profesor McGraw. Pronto, Oksa se da cuenta de que él está al corriente de sus poderes. ¿Por qué se interesa en ella?

Por su cumpleaños, Oksa recibe sus primeros instrumentos de Joven Magnífica: un curvita-pulsum –una pulserita viva que la ayudará a contener sus impulsos– y una echa-gravoks, una especie de cerbatana de uso defensivo y ofensivo.

Por otra parte, Oksa comenzará a entrenarse con seriedad: durante las vacaciones va al país de Gales con Gus, y se hospeda en casa de su tío abuelo Leomido. En ese magnífico lugar todo cambia: Leomido, Oksa y Gus sufren un ataque, ¡y el

agresor no es otro que McGraw! Oksa, luchando contra el pánico, utiliza por primera vez su echa-gravoks y consiguen escapar de él.

Esa agresión obliga a los desbandados a celebrar una reunión. Es entonces cuando Oksa conoce a Naftali y a Brune Knut, dos exiliados de la primera generación, y a su nieto Tugdual, un guapo y enigmático joven que despierta en ella un nuevo y sorprendente sentimiento...

Pero es un momento crítico: el profesor McGraw no es otro que Orthon, el hijo del gran traidor. Los desbandados no pueden creerlo. Es evidente que McGraw también desea volver a Edefia y que quiere utilizar a Oksa para conseguirlo.

Una nueva fase comienza para Oksa. En apariencia, la joven continúa viviendo como una alumna ordinaria, pero, en realidad, sus padres la vigilan constantemente mientras McGraw multiplica las provocaciones.

Pronto el traidor consigue una victoria atroz: Marie Pollock, la dulce madre de Oksa, queda paralizada por un mal desconocido que le cercena el sistema nervioso. Aunque Dragomira consigue estabilizarla, la preocupación de la familia no desaparece. Lo que ha provocado la parálisis de Marie ha sido un jabón que Zoé, una compañera de clase, le ha regalado a Oksa por su cumpleaños: Zoé es, de hecho, la hija de Orthon McGraw.

El traidor no le da ni un respiro a Oksa: una tarde la atrapa y la aísla en el colegio, que a aquellas horas está desierto. El ataque es terrible. Llueven los golpes mágicos. Oksa consigue escapar por los pelos. ¡Pero a qué precio! Recibe un putrefactivo –iel temible gravok que hace que se pudran los miembros!– y Gus, que está con ella, salva a Oksa in extremis. La pobre señorita Crèveœur, la profesora preferida de los alum-

nos, aparece por casualidad en el aula donde se está desarrollando el combate y acaba sumida en la locura.

La catástrofe final tiene lugar unos días más tarde: Dragomira va a casa de Orthon McGraw, sola. Al enterarse, Oksa corre con Gus al domicilio del traidor: se encuentran frente a dos Dragomiras exactamente idénticas; sin embargo, una de las dos es una «copia» que oculta al peligroso traidor. Se sucede una nueva y terrible batalla durante la cual Oksa debe recurrir a todo su valor para salvar a su abuela. Afortunadamente, no está sola, y Gus vuelve a ayudarla con sus meros poderes de humano. Gracias a su intervención final, Abakum, el sabio padrino de Dragomira, cierra ese triste capítulo. Lanza contra McGraw el gravok que Dragomira no tiene fuerzas para utilizar: el terrible crucimafila que se traga a Orthon McGraw en un agujero negro sin fondo.

¿Sin fondo? ¿Seguro?

1

UN BREVE RESPIRO

Con el uniforme desaliñado y la corbata desanudada, los alumnos lo pasaban en grande, corriendo y gritando en el patio del St Proximus. Era el último día de clase. ¡Por fin! Ese año escolar les había parecido interminable a Oksa Pollock y a Gus Bellanger, y las vacaciones llegaban en el momento oportuno. Habían pasado tantas cosas... Entre la revelación de los orígenes misteriosos de Oksa y la pulverización de Orthon McGraw, el enemigo del clan de los desbandados, los últimos meses habían sido tan ricos en descubrimientos como en dificultades. Oksa sacudió la cabeza para apartar esos oscuros pensamientos y arrastró a Gus hacia la fuente, en el centro del patio embaldosado. Riendo, el chico trató de resistirse.

—¡No creas que no he entendido tu diabólico jueguecito! —soltó.

—¡Un buen baño para festejar este bendito día, no puedes negarte a eso! —exclamó Oksa tirando con todas sus fuerzas del brazo de su amigo.

—¡Te equivocas al querer obligarme, tía! ¡Te olvidas de que soy aquel al que nada ni nadie puede someter!

Tras esas palabras, echó hacia atrás un largo mechón de

pelo con un gesto afectadamente altivo. Risueña, Oksa soltó su presa... y cayó tan larga como era sobre el brocal de la fuente.

–¡Ay! –gimió–. ¡Mi codo!

Su camisa, desgarrada, comenzaba a mancharse con una aureola roja.

–¡Diablos! –renegó–. ¡Mira! ¡Estoy asquerosa!

Gus le tendió la mano y la ayudó a levantarse. Una vez en pie, se contorsionó para apartar el bolsito que llevaba en bandolera.

–¡Toma! –exclamó tendiéndoselo–. ¿Puedes guardármelo mientras me limpio?

–Mmm... ¿Los accesorios mágicos de la Joven Magnífica? ¡Es un honor!

Oksa le dedicó una sonrisa y dio media vuelta en dirección al claustro de piedra gris. Gus la siguió con los ojos hasta que desapareció en la sombra de la escalera que se adentraba en el suntuoso edificio.

Veinte minutos más tarde, Gus estaba todavía en el mismo sitio, apoyado contra un murete.

–¡Gus! –gritó un alumno de cabello rubio dorado–. ¡Ven! ¡Vamos a echar unas canastas!

–¡No, gracias, Merlín! Estoy esperando a Oksa.

Paciente pero ocioso, golpeteó el bolsito y sintió una masa redonda y blanda. El tente-gritón... ¡Con tal de que se mantuviera en calma...! Como si leyese sus pensamientos, el tente replicó:

–No se preocupe, joven amo. Dominarme es mi consigna, pues, como sabe, el frenesí y el camuflaje no hacen buenas migas.

Divertido por ese lema excéntrico, Gus sonrió.

–Bueno, Oksa... ¿Qué estarás haciendo? –refunfuñó al cabo de unos segundos.

–Puedo señalar que la Joven Magnífica se encuentra actualmente en los lavabos de la primera planta, a cincuenta y seis metros de este lugar, dirección nornoroeste –dijo la criaturilla con voz contenida.

Gus se estremeció, inquieto por la idea de que alguien pudiese ser testigo de esa singular conversación. Pero todo el mundo estaba demasiado ocupado en desfogarse para prestarle atención. Acabó levantándose y se dirigió a su vez hacia la escalera.

Al atravesar el pasillo desierto, no percibió más que el rumor que subía del patio y el ruido de sus pasos en el suelo. Una extraña impresión se apoderaba de él, recordándole los terribles acontecimientos ocurridos cuatro meses antes... Oksa herida, el demoníaco McGraw, la señorita Crèvecoeur... Al pasar delante del laboratorio no pudo resistirse y echó una ojeada. Al mismo tiempo, oyó un ruido. Un ruido triste y lento que se parecía a un lloro. Intrigado, giró la manilla de la puerta: el laboratorio estaba abierto. Gus entró y miró a su alrededor. No había nadie y, sin embargo, parecía como si alguien estuviera gimiendo muy cerca de él. Abrió el bolso de Oksa: el tente-gritón estaba tranquilo, no era él.

–¿Qué significa esto?

Recorrió el aula apretando el bolsito de Oksa contra sí. Inspeccionó debajo de cada pupitre, abrió la puerta del cuartito, luego la del gran armario. Nada... Y, sin embargo, el lamento, suave y desgarrador a la vez, resonaba todavía en sus oí-

dos. Se detuvo y se quedó de pie en medio del aula, atento, con los sentidos al acecho del menor ruido. En medio de los lloros que lo envolvían, ahora podía oír palabras que no podía identificar.

–¿Qué dice? ¿Dónde está? –farfulló, escrutándolo todo a su alrededor a pesar de su aprensión.

Le llegó una voz, lejana y próxima a la vez:

–Estoy aquí, delante de usted, necesito ayuda, venga a liberarme... ¡Por favor!

Con la blusa todavía húmeda, Oksa se disponía a volver al patio cuando oyó el eco de una melodía.

–¡Vaya! ¡Parece el móvil de Gus!

Cuando pasó por delante del laboratorio del primer piso, el timbre se amplificó; luego se detuvo. Oksa se paró en seco y esperó unos segundos. Con una sonrisa, oyó la indicación que esperaba: la voz ahogada de Darth Vader era la señal de que alguien acababa de dejar un mensaje en el contestador de Gus. ¡Oksa no se había equivocado! Sin dudar, abrió la puerta del laboratorio y entró.

–¡Gus! ¿Estás ahí?

Ninguna respuesta. Oksa miró a su alrededor y buscó bajo los pupitres. Su amigo no era de los que hacían ese tipo de bromas, pero nunca se sabía lo que se le había podido pasar por la cabeza... De repente vio el teléfono en el suelo.

–Pero ¿qué hace su móvil ahí? –murmuró frunciendo el ceño.

Lo recogió, miró de nuevo a su alrededor con aire intrigado y salió del aula para unirse a los demás.

–¿No habrás visto a Gus?

Zoé alzó la mirada, y Oksa vio como una sombra de preocupación velaba su bello rostro. Como no quería asustarla sin razón, Oksa se rehízo inmediatamente:

–Pero mira si es despistado... ¡Ha perdido su móvil!

Con su espontaneidad habitual, cogió la mano de Zoé y la arrastró con ella.

–Ven, ¡estoy segura de que está escondido en algún rincón! Vamos a hacerle salir, ¡ya verás!

Desde que Zoé vivía en casa de los Pollock, Oksa había descubierto lo que significaba tener una amiga. Una verdadera amiga. La piedad que había sentido al principio, nacida de las atrocidades que Zoé había vivido, terminó dando paso a un apego sincero y recíproco que las sorprendió tanto a la una como a la otra. Hoy, un denso secreto las unía y su amistad era sólida como una roca.

–Ya verá lo que es bueno... –dijo Oksa echando pestes.

Ambas amigas habían vuelto al punto de partida después de media hora de buscar a Gus en vano y se sentían más preocupadas de lo que querían confesarse. La tarde llegaba a su fin y los alumnos empezaban a abandonar el edificio.

–Deberías llamar a casa –sugirió Zoé, con la frente contraída en un rictus que reforzó la ansiedad de Oksa.

Cuando Pierre Bellanger y Pavel Pollock aparecieron en el patio, la angustia de ambas chicas se había duplicado. Duran-

te cerca de una hora, volvieron a registrar el colegio de arriba abajo en medio de un creciente nerviosismo.

—No está ni en Bigtoe Square ni en nuestra casa... —anunció Pierre cerrando su teléfono móvil.

Y luego el portero cerró las pesadas puertas del St Proximus y hubo que rendirse a la evidencia: ¡GUS HABÍA DESAPARECIDO! Oksa y Zoé se miraron con los ojos llenos de lágrimas. Definitivamente la calma de los últimos meses no había sido sino un breve respiro...

Los desbandados estaban en estado de *shock*. Por solidaridad, Brune y Naftali Knut, los impresionantes suecos, así como Leomido, el hermano de Dragomira, no habían tardado en llegar a la casa de los Pollock. Se había hecho de noche hacía mucho y eso cargaba aún más la atmósfera, ya atrozmente pesada. Pierre, con el rostro fruncido por la angustia, consolaba a Jeanne, su mujer, que lloraba en silencio sin poder parar. Dragomira se acercó para estrecharlos entre sus brazos mientras buscaba las palabras que pudiesen tranquilizarlos o reconfortarlos. Pero no encontraba ninguna. De pie, detrás de la silla de ruedas de Marie, Pavel, con los ojos fijos en Oksa, sentía cómo la ansiedad se apoderaba de su mente igual que un veneno sordo.

—Tal vez habría que avisar a la policía... —sugirió Oksa con voz ronca.

—No, Oksa, eso es imposible —le respondió Abakum, el protector de los desbandados—. De todas formas, todos sabemos que nos dirían que se ha escapado...

—¡Gus no se ha escapado! ¡Lo han raptado! —exclamó Jeanne, loca de angustia.

«Pero ¿quién?», se preguntaron todos sin atreverse a decirlo en voz alta.

Sólo Oksa se arriesgó:

—¿Creéis que puede haber sido un traidor? Seguramente Orthon McGraw no fue el único en salir de Edefia... ¿Quién nos dice que no hay más?

Todos la miraron con cierta gratitud. De todas las posibilidades, era ésa en la que más deseaban pensar. Pues, si ése era el caso, Gus era entonces simple moneda de cambio y no le harían ningún daño hasta que las negociaciones comenzasen. Pero ¿y si no se trataba de un traidor? Más valía no pensar en ello.

Con los ojos clavados en la puerta de entrada y los móviles al alcance de la mano, se pasaron la noche en vela aventurando mil teorías y mil posibilidades. Fue hacia las cinco de la mañana, desplomada en un canapé al lado de Zoé, cuando Oksa descubrió lo que acabó siendo una pista. Se había guardado el teléfono de Gus y escuchaba por centésima vez el último mensaje, el que había provocado la señal que había llamado su atención. Era de Jeanne. «Gus, no llego a tiempo de recogerte. Tu padre irá a por ti dentro de una hora. ¡Hasta luego!» Sorprendida por no haber pensado en ello antes, Oksa repasó con detalle todo lo que su amigo tenía guardado en el móvil. En cuanto a los mensajes, nada que señalar. Pero en los archivos de imagen había algo raro: justo antes de recibir la llamada de su madre —el reloj del teléfono lo confirmaba—, Gus había hecho una foto extraña.

—¡Mirad!

Oksa mostró la minúscula foto que aparecía en la pantalla del móvil.

—¿Qué es eso?

De inmediato, Pavel encendió su ordenador para agrandarla y todo el mundo se agrupó a su alrededor. En cuanto apareció la imagen, Zoé exclamó:

—Pero ¡si es mi abuela! ¡Es Reminiscens!

—¿Estás segura? —exclamó Dragomira.

—¡Sí!

Todos miraron fijamente la pantalla: un cuadro representaba el retrato de una mujer de unos setenta años; sólo se veía la mitad superior de su cuerpo. Miraba de frente, con unos pálidos ojos azules sumamente abiertos por la desesperación y el miedo. Estaba delgada, vestida de oscuro, y su fino rostro inspiraba una compasión desgarradora.

—Es mi abuela... —repitió Zoé con la voz ronca por la fatiga y la emoción.

Estupefactos, Dragomira y Abakum se miraron. Un destello de comprensión les hizo romper de pronto su silencio y, sin dejar de mirarse, exclamaron a coro:

—¡EL ENCUADRAMIENTO!